



Comentario de 9.1-19:

UNA ORACIÓN PARA PEDIR PERDÓN

Los eventos del capítulo 9 ocurrieron en «el año primero de Darío...» (vers.º 1). Como el versículo 2 nos informa, Daniel recordó que estaba leyendo en el libro del profeta Jeremías, que el cautiverio en Babilonia había de durar setenta años. Según sus cálculos, el cumplimiento de este tiempo estaba cerca. Tal vez como resultado de esto, sintió una necesidad aún mayor de comunicarse con Dios. Así, elevó a Dios la hermosa oración que encontramos en los versículos 4b al 19.

Notamos, por la cronología de Daniel, que esta oración tuvo lugar antes de los eventos del capítulo 6. Tal vez, fue el hecho de que Daniel hizo un esfuerzo más ferviente de oración, lo que llevó a la idea del complot en contra de él, que se recoge en este capítulo. En todo caso, todavía no se había promulgado el edicto que ordenaba el regreso de los judíos a Jerusalén.

Daniel estaba ansioso por que el pueblo de Dios regresara a su tierra natal, de modo que dijo él: «Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego...» (vers.º 3). Se acercó al Señor en ayuno, cilicio y ceniza (vers.º 3). Su actitud era de sincera penitencia y confesión. Esto fue lo que dijo:

Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas...

Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti [...] De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado, y no obedecimos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes

que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas... Conforme está escrito en la ley de Moisés, todo este mal vino sobre nosotros; y no hemos implorado el favor de Jehová nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad. Por tanto, Jehová veló sobre el mal y lo trajo sobre nosotros; porque justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho, porque no obedecimos a su voz....

Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes... (vers.ºs 4b-19).

La oración de Daniel fue en parte una respuesta a la ordenanza estipulada en 1º Reyes 8.47-48. Allí leemos lo que Salomón, en su dedicación del templo, declaró que se debía hacer si Israel alguna vez se rebelaba contra Dios y era llevada de su tierra. Había mandado que dondequiera que se encontraran, en los lugares donde Dios los llevara, el pueblo debía volver el rostro hacia la tierra y la ciudad de Jerusalén y hacer súplica con penitencia. Entonces Dios los oiría y los restablecería. No hay duda de que todo esto estaba en la mente de Daniel cuando elevaba a Dios esta oración en la que predominaba la confesión de pecados.

Daniel pidió perdón para sí mismo, aunque no sabemos de pecados deliberados que hubiese cometido. Ciertamente, no era culpable de la idolatría que el pueblo había profesado antes del cautiverio. No obstante, se identificó a sí mismo como uno que llevaba la culpa junto con los demás judíos.

Daniel se refirió a «los de lejos, en todas las tierras adonde [Dios los había] echado...» (vers.º 7b). Lo asombroso de esta aseveración en particular es la justicia absoluta de Dios en Sus tratos con Su pueblo. Al comienzo, cuando introdujo a los

Israelitas en la Tierra de Promisión, les advirtió que se separaran de los moradores de ella. No es que Dios tenga «prejuicio» contra alguna raza o grupo de personas, sino que no deseaba que los israelitas fueran atraídos por las prácticas idolátricas que eran comunes en medio de esta gente. Israel no acató en su totalidad el mandamiento de Dios; se mezclaron con la gente en la tierra que Él les dio. En consecuencia, los quitó de su tierra y los mezcló con idólatras de muchos países extranjeros. Daniel estaba plenamente consciente del propósito de Dios.

Daniel cargó un mayor peso de responsabilidad por el pecado que devoró al pueblo de Israel, sobre los dirigentes de la nación (vers.ºs 6, 8). Es una abrumadora responsabilidad la que llevan sobre sus hombros los dirigentes del pueblo de Dios, una responsabilidad que no se ha de tomar a la ligera (vea Santiago 3.1).

Cuando oraba, Daniel mencionó concretamente los pecados y rebeliones del pueblo de Dios contra Este (vers.ºs 5, 9, 11, 15). Por toda su oración, hizo énfasis en que ellos habían desechado la palabra de Jehová —la ley, los profetas y los mandamientos. Es únicamente por medio de la Palabra de Dios revelada que podemos tener algún conocimiento especial de Él; todo lo demás es, en el mejor de los casos, conjetura. El desechar la Palabra de Dios equivale a desechar Su autoridad y a desecharlo a Él.

El versículo 14b incluye una nota curiosa: «porque justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho, porque no obedecemos a su voz». ¿Estaba Daniel diciendo que, después de setenta años de cautiverio, el pueblo todavía era rebelde? ¿Había algunos que todavía estaban incluso enredados en la idolatría? Aunque nos parezca increíble, esto es exactamente lo que la aseveración parece insinuar. La existencia de una idolatría que estaba activa en ese momento, puede explicar por qué Daniel rogó con tanta elocuencia en su confesión de pecado. No hay duda de que conocía tanto la debilidad del pueblo como su sincero deseo de arrepentirse y volverse a Dios. Poco después de esto, se les permitió volver a Jerusalén; en medio de los que sí regresaron, dejó de practicarse la idolatría.

Al comienzo del versículo 15, Daniel usó otra manera de rogar a Dios. Hizo un recuento de los anteriores tratos de Dios con Israel cuando Este los sacó de la esclavitud en Egipto. Aun entonces, ellos eran un pueblo pecador y rebelde; pero Dios los libró a pesar de ellos mismos. En su oración, Daniel dijo: «... porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino

en tus muchas misericordias» (vers.º 18). Estaba apelando a la gracia de Dios.

No es a menudo que asociamos la «gracia» con la «ley» del Antiguo Testamento. Sin embargo, Daniel sabía muy bien que, bajo la ley de Moisés, Dios había advertido que castigaría el pecado. Así lo había hecho —para destrucción de los judíos. Debemos entender que Dios concede el perdón atendiendo a una única razón: Su deseo de perdonar y de salvar. Esta respuesta de parte de Dios no niega en modo alguno la responsabilidad del hombre de someterse a los mandamientos de Dios. El hecho de que los judíos no se sometieron a los mandamientos de Este, había dado como resultado la situación que Daniel estaba pidiendo a Dios que aliviara. Daniel, un hombre lleno de fe, sabía que Dios es el único que tiene el poder de perdonar y de restaurar a un hombre, a una iglesia, a una nación o al mundo entero. Era el poder por el cual Daniel estaba suplicando.

David Rechtin

«Muy amado»

De conformidad con la estimación de Dios, Daniel era *hamudhoth*, que se ha traducido de varias maneras, tales como: «muy estimado», «muy apreciado», «muy amado» y «un favorito» (9.23). En un sentido general, todos los seres humanos son valiosos delante de Dios (vea Salmos 127.3). No obstante, hay personas que le atraen más, dependiendo de sus actitudes y de su comportamiento. Daniel era uno de estos. Así como Daniel era uno de los favoritos de Dios, todo ser humano puede serlo, si eso es lo que elige ser; pues Dios los hizo a todos, los ama a todos, y no hace acepción de personas.

El criterio para el favoritismo de Dios no tiene que ver con nacionalidad, ni raza, ni riquezas, sino con amarlo a Él con «todo [su] ser» (Salmos 103.1)—con su corazón, su alma y sus fuerzas (Deuteronomio 6.5). El Dios que conoce el corazón (vea Hechos 15.8) percibía el profundo amor de Daniel por su Hacedor.

Los fieles tienen una línea abierta que los comunica con el Padre celestial. Tienen el poder de hacer que el cielo actúe de inmediato. No fue al terminar, ni cuando iba por media oración, sino que al comienzo, que Dios mandó a Gabriel que volara con presteza desde el cielo hasta Babilonia, de modo que Daniel no tuviera que quedarse esperando una respuesta.

Hugo McCord